
Política

GONZÁLEZ, Felipe (2010) *Mi idea de Europa*, Barcelona, RBA, 253 pp.

Felipe González (FG) posee un *background* excepcional que le permite reflexionar y opinar de forma muy autorizada sobre el proceso de construcción europea, que conoce profundamente. En su calidad de presidente del gobierno español de 1982 a 1996 fue no sólo testigo sino protagonista de dicho proceso (desde su “sala de máquinas” como le gusta repetir), precisamente en unos años en que la integración europea recibió un impulso decisivo, coincidiendo en gran parte con la presidencia de la Comisión Europea por Jacques Delors (1985–1995); con distintos solapamientos cronológicos, en aquellos años lideraron otros países “centrales” de la UE personalidades tan destacadas como Helmut Kohl (al que se refiere elogiosamente, cfr. pp.102 ss.), François Mitterrand, Margareth Thatcher... Más recientemente ha presidido el llamado grupo de sabios que presentó a petición del Consejo Europeo en mayo de 2010 el interesante documento “Proyecto EUROPA 2030. Retos y oportunidades. Informe al Consejo Europeo del Grupo de Reflexión sobre el futuro de la UE en 2030”. En pocas palabras, no es precisamente autoridad lo que falta a FG para hablar de estos temas...

El libro que comentamos consiste “en una recuperación de textos, intervenciones orales, debates y reflexiones sueltas realizadas en los últimos quince años” (p. 9). Esta característica constituye, en nuestra opinión, al mismo tiempo la mayor fortaleza y la mayor debilidad de la obra.

Fortaleza porque su lectura conduce al lector a una auténtica inmersión en el pensamiento

inequívocamente europeísta del autor, ilustrado por su inigualable conocimiento de los procesos políticos de la construcción europea, y por los sin duda clarividentes diagnósticos y propuestas que ilustran casi cada párrafo de los textos. FG defiende de forma reiterativa, con una insistencia casi misionera, una docena de ideas-semilla que podrán ser discutibles, pero que tienen un alto poder de convicción.

Por eso hablamos también de debilidad; porque el libro carece de estructura, precisamente por tratarse de una simple yuxtaposición de textos, no siempre contextualizados; y también porque es tal el número de repeticiones de esa docena de ideas a que nos referíamos que, en ocasiones, la lectura resulta tediosa. Se nota mucho en los propios títulos de los capítulos I y II, verdaderos “cajones de sastre”: “Un espacio público compartido” y “Liderazgo, identidad y retos”. Exceptuaríamos quizás el capítulo 3 (“Europa y el mundo”) que es sin duda el que tiene una estructura más clara y una cierta mayor unidad en su desarrollo.

Enumeramos algunos ejemplos de ese conjunto de ideas a que nos referimos, que con frecuencia son objeto de repeticiones casi textuales; las presentamos sin especial orden lógico ni de importancia, orden por cierto inexistente en su propio discurso:

- El modelo de construcción europea basado en la acumulación de competencias está agotado. Hay que pasar a un concepto de Unión como “espacio público compartido” (título del primer capítulo; cfr. p. 209) en el que pueden gestionarse mejor algunos de

los principales problemas que afectan hoy a las sociedades y al planeta; y, recíprocamente, es posible que se haya producido –por adición– un traspaso excesivo de competencias de lo nacional a lo comunitario.

- Repite con frecuencia esa característica peculiar europea que se basa en un modelo de desarrollo con cohesión social; pues bien, aparece repetidamente la idea de que sin un modelo europeo competitivo en lo económico no podrá subsistir el modelo social basado en un pacto, porque no habrá excedente que redistribuir (pp. 166–167; 178–179).
- La idea de la mayor flexibilidad del modelo estadounidense frente al europeo (pp. 90–91; 134; 183).
- El tema de la identidad europea versus las identidades nacionales (pp. 79; 119).
- La referencia al “ethos” postbélico y sus círculos virtuosos en los inicios de la construcción europea (pp. 117; 199; 243).
- Su insistencia en que la UE tendría que disponer de una fuerza de 100.000 efectivos dispuesta a intervenir rápidamente cuando sea necesario para afirmar su presencia en el mundo (pp. 206; por cierto, 150.000 en la p. 224).
- Su crítica permanente a las rigideces europeas (pp. 180; 245), a la falta de movilidad ascendente y descendente en el ámbito sobre todo de las iniciativas empresariales.
- Sus aportes en relación con la necesidad de nuevos modelos educativos

que preparen más a los jóvenes para la asunción del riesgo, la creatividad, el “emprededurismo”, la movilidad; educar es entrenar (cfr. pp. 177ss.; 244).

- Asimismo son significativas sus ideas sobre el liderazgo (cfr. pp. 95 ss.); el lector piensa inevitablemente que el autor intenta retratarse a sí mismo.
- También insiste en que una característica de “los países centrales”, los verdaderamente influyentes, frente a los países en desarrollo, es que los primeros son *básicamente previsibles* (cfr. p. 220).
- Etc.

En el epílogo –que tiene la virtud de recoger lo esencial de todo lo dicho en el libro– FG defiende la idea de un gran pacto europeo basado en cinco elementos (pp. 238 ss.):

- Políticas anticíclicas que inviertan el curso de la recesión y propuestas europeas para un nuevo orden financiero global.
- Una nueva agenda para la próxima década que sustituya a la de Lisboa.
- Una política energética común más ambiciosa. Lo mismo en relación con el cambio climático.
- Políticas migratorias comunes y coordinación de las nacionales.
- Frente al terrorismo internacional respuestas del conjunto de la Unión en los campos policial y judicial.

Un detalle que nos ha sorprendido un poco,

y que mencionamos por el interés con que seguimos los procesos de integración del continente americano. FG afirma de modo optimista: *Un continente americano que, a pesar de los obstáculos, acabará comercialmente unido, antes o después* (p. 205). Eso sí, coincidimos con el autor en que *los procesos de integración en América Latina sólo se podrán realizar como se hicieron en Europa, no mediante debates ideológicos, sino mediante compromisos de integración en proyectos compartidos con intereses comunes* (p. 213). *La ideologización de la integración es un estorbo... en AL integra más una buena carretera que treinta discursos* (p. 214). Y es que FG insiste en recuperar la fuerza de las ideas, no de las ideologías (p. 228).

Añadimos algo muy conocido: el pensamiento político de FG destaca por su pragmatismo (*a mí me reprochan que soy un pragmático*, p. 111); no es un teórico de la ciencia política (y se nota en sus escasas alusiones de tipo académico); pero tampoco se le puede negar una indudable clarividencia acerca del cambio de época en que están

teniendo lugar las transformaciones a las que hace referencia en sus escritos.

FG se pregunta *qué queremos hacer con Europa* (p. 112); si nos tuviéramos que quedar con una respuesta, como un postulado central, que se ramifica y desarrolla en casi todas sus restantes propuestas, retendríamos la idea ya mencionada de Europa como un espacio público compartido, *para experimentar políticas alternativas, un uso distinto del poder, la primacía del derecho, unas relaciones internacionales basadas en la diplomacia...* (cfr. p. 208–209). No existe *...ninguna experiencia de creación de un espacio público comparable al de la UE, desde la voluntariedad y la libertad* (p. 213).

En un contexto de crisis mundial y de graves problemas ambientales como el que vivimos, su tesis es la siguiente: *la paradoja es que disponemos del instrumento y nos alejamos de él* (p. 235). Ojalá no estemos asistiendo, como FG se plantea en varias ocasiones, a *la dulce decadencia de Europa...* [José J. ROMERO RODRÍGUEZ]